José María Gabriel y Galán **NUEVAS CASTELLANAS**

LAS REPÚBLICAS I He admirado el hormiguero cuando henchían su granero las innúmeras hormigas. He observado su tarea bajo el fuego que caldea la estación de las espigas. Esquivando cien alturas, y salvando cien honduras, las conduce hasta las eras un sendero largo y hondo que labraron desde el fondo de las lóbregas paneras. Y en hileras numerosas, paralelas, tortuosas, van y vienen las hormigas... La vereda es dura y larga, pesadísima la carga y asfixiantes las fatigas; mas la activa muchedumbre, sobre el hálito de lumbre que la tierra reverbera, senda arriba y senda abajo, se embriaga en el trabajo que le colma la panera. Son comunes los quehaceres, son iguales los deberes, los derechos son iguales, armoniosa la energía, generosa la porfía, los amores, fraternales. Si rendida alguna obrera por avara no subiera con la carga la alta loma, la hermanita más cercana, con amor de buena hermana, la mitad del peso toma. Nadie huelga ni vocea, nadie injuria ni guerrea, nadie manda ni obedece, nadie asalta el gran tesoro, nadie encienta el grano de oro que al tesoro pertenece... He observado el hervidero del innúmero hormiguero en sus horas de fatigas... Si en los ocios invernales sus costumbres son iguales, ¡son muy sabías las hormigas!

II He observado la colmena al mediar una serena tarde plácida de mayo. La volante, la sonora muchedumbre zumbadora laboraba sin desmayo. ¡Qué magnífica opulencia la de aquella florescencia de los campos amarillos!... Madreselvas y rosales, agavanzos y zarzales, mejoranas y tomillos... Todo vivo, todo hermoso, todo ardiente y oloroso, todo abierto y fecundado: los perales del plantío, los cantuesos del baldío, las campánulas del prado... Y en corolas hechiceras, y en pletóricas anteras, y en estilos diminutos, y en finísimos estambres, van buscando los enjambres las esencias de los frutos. Y los finos aguijones en robadas libaciones van llevando a los talleres lo mejor de la riqueza que vertió Naturaleza por los términos de Ceres. Zumba el himno rumoroso del trabajo fructuoso con monótona dulzura: las obreras impacientes salen y entran diligentes por la estrecha puerta obscura. Las que dentro descargaron las esencias que libaron, palpitantes aparecen, vuelo toman oscilante y en la atmósfera radiante volteando desaparecen. Las que tornan presurosas con sus cargas deliciosas de ambrosías y colores, no parecen volanderas juiciosísimas obreras, sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen las que ricas de oro vienen, las que en busca van del oro... Unas liban y acarrean, otras labran y moldean, ¡todas hinchen el tesoro! Y hacinados en los cienos; expulsados de los senos del alcázar del trabajo, los cadáveres viscosos de los zánganos ociosos se corrompen allá abajo.... III Cosas buenas he aprendido contemplando embebecido resbalar por la hondonada la sonora algarabía de la alegre pastoría que despunta la otoñada. ¡Qué bien suenan sobre fondo de quietudes, dulce y hondo, el latir de roncos perros, el vibrar de los silbidos, el clamor de los balidos y el runrún de los cencerros! Y cayendo sobre el coro como lágrimas de oro de la vida natural, ¡qué amorosas complacencias desparraman las cadencias de la gaita del zagal! Blandamente resbalando las ovejas van pasando; paz y hierba van paciendo; los bocados que una deja son bocados de otra oveja que a la hermana va siguiendo. Los corderos baladores van en grupos triscadores asaltando los repechos, coronando los cerrillos, despuntando los tomillos y brincando los helechos. Y el que topa con la ubre o a lo lejos la descubre, bala y corre hacia la oveja, se arrodilla tembloroso, llena el cuajo, trisca airoso y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría cada amante madre cría su corderuelo querido... ¡No hay cordero destetado porque lo haya abandonado la madre que lo ha parido! Venerable pastor viejo con zamarra de pellejo de los muertos recentales, siempre atento vigilando el rebaño va guiando por los buenos pastizales. Como abuelo que a su niño lleva en brazos con cariño, rebosante de placer, el silvestre viejo austero lleva al trémulo cordero que ha acabado de nacer. Los zagales silbadores, los ingenuos tañedores de la gaita cadenciosa, viendo van las avanzadas y alegrando con tonadas la piara rumorosa. Y librándola de robos de raposas y de lobos, van retándolos a muerte dos mastines corpulentos, con ojos sanguinolentos, paso grave y pecho fuerte. El pastor es cuidadoso, el otoño es amoroso, son alegres los rapaces, las ovejas obedientes, los mastines muy valientes y los campos muy feraces... Han gozado mis pupilas la visión de las tranquilas ovejitas resbalando... Paz y hierba van paciendo, dulce vida van viviendo, grata huella van dejando... ..... Esta vida que vivimos los que reyes nos decimos de este mundo engañador, no es la vida sabia y sana... ¡Ay! ¡La república humana me parece la peor!...

Los sedientos I Vagando va por el erial ingrato, detrás de veinte cabras la desgarrada muchachuela virgen, una broncínea enflaquecida estatua. Tiene apretadas las morenas carnes, tiene ceñuda y soñolienta el alma, cerrado y sordo el corazón de piedra, secos los labios, dura la mirada... Sin verla ni sentirla, la estéril vida arrastra encima de unas tierras siempre grises, debajo de unas nubes siempre pardas. Come pan negro, enmohecido y duro, bebe en los charcos pestilentes aguas, se alberga en un cubil, viste guiñapos, y se acuesta en un lecho de retamas. No sueña cuando duerme, no piensa cuando vela desvelada; si sufre, nunca llora; si goza, nunca canta, y vive sin terrores ni deleites, que no la dicen nada ni los fragores de las noches negras, ni los silencios de las noches diáfanas, ni el rebullir del convecino sapo, ni los aullidos de la loba flaca que yerra sola venteando carne de chivos y de cabras. Nunca sintió las alboradas tristes, nunca sintió las bellas alboradas, ni el ascender solemne de los días, ni la caída de las tardes mansas, ni el canto de los pájaros, ni el ruido de las aguas, ni la nostalgia del rumor del mundo, ni los silencios que el erial encalman. Su padre fue el pecado; su madre, la desgracia, y otra pareja infame de carne estéril y de infames almas la robó de la cuna de los huérfanos con hórrida codicia calculada. El mirar de sus ojos ofendidos por el erial resbala como el osado pensamiento humano que osa escrutar los reinos de la nada. Ciegos los ojos, sordos los oídos, la lengua muda y soñolienta el alma, vagando va por el erial escueto

detrás de veinte cabras que las tristezas del silencio ahondan con la música opaca del repicar de sus pezuñas grises sobre grises fragmentos de pizarras. II Al otro lado del sereno río que el borde del erial lavando pasa, Naturaleza derramó unos montes donde hay rumores que el oír regalan, donde hay ambientes que la sangre sedan, donde hay perfumes que el cerebro embargan, donde hay salud que vigoriza el cuerpo y paz muy honda que equilibra el alma, luz de torrentes, música a raudales y un sordo hervir de vigorosa sabia que en los pimpollos se resuelve en yemas y tronco abajo se desliza en lágrimas, cogüelmo de la vida que revierte de la tierra otra vez en las entrañas. Por esos montes que robusto crían todo lo vivo que en sus senos guardan, vaga un hermoso zagalón impúber detrás de veinte vigorosas cabras cuyas duras pezuñas no repican sobre estériles lechos de pizarras pues tiene el monte alfombras espléndidas y blandas, musgo de terciopelo en los peñascos y tréboles de seda en las cañadas. Borracho de salud vaga por ella el alegre zagal de vida errática. Con la inconsciencia de los niños piensa, con el vigor de los cabritos salta, con la lujuria del boscaje crece, con la alegría de la alondra canta. Él es el limo de las tierras vírgenes, él es promesa de las tierras áridas, él es estrofa del amor dormido, él un vaso de savia que en abundancia de cogüelmo rico rebosará mañana. Y entonces el salvaje solitario clavará las pupilas dilatadas en la virgen sedienta del páramo sediento que la mata, y sediento de amor, ebrio de vida, desnudos cuerpo y alma, querrá cruzar el espumoso río, querrá posar en el erial la planta, querrá quebrar en el trabajo el cuerpo, querrá dormir en el amor el alma...

¡Hombres de la cultura!, tended un puente sobre aquellas aguas..., que se acerquen los hijos de los hombres, que se junten los hatos de las cabras, ¡que del monte feraz pasen al páramo del amor y el trabajo las sustancias! Treno Tengo el alma serena para toda amenaza de catástrofe; la tengo muda y sorda para voces de amores que me llamen; la tengo seria como un campo yermo; quieta la tengo como aquel cadáver de quien yo no creí que fuese tierra porque era el de mi madre. El que ve lo que vi cuando era mozo que amor disuelto apellidé a la sangre y eterno soñé al tiempo para besar la frente de la imagen, ¿qué puede ver que le sacuda el alma ni al cuerpo un grito de dolor le arranque? Rayo de la tormenta: podrás romperme pero no espantarme; volcán rugiente que escupiendo fuego me enseñas el abismo de tu cráter; sierra que te derrumbas y ante las puertas de mi casa caes; río que te desbordas y azotas de mi casa los umbrales; huracán que su techo le arrebatas; muerte que rondas mi olvidada calle... ¡qué pequeños sois todos, qué pequeños, y mi dolor qué grande! Y vosotros también, hombres perversos, que me herís con salivas el semblante; y vosotros también, hombres amigos que a la vida feliz queréis tomarme con la ambrosía de la humana gloria, miel al beber y al digerir vinagre..., me herís los unos con estéril saña, porque herís a un cadáver; lucháis los otros con afán estéril porque nadie logró que el mundo hable. Sólo podrá moverme, desde la noche de la gran catástrofe, la voz de Dios gritándome: «¡Hijo! ¡Hijo! ¡Respóndele a tu padre!»

El barbecho ¿Dónde irá sola Teresa por la senda que atraviesa los barbechos? ¿Dónde irá? ¿Qué tendrá, que así suspira? ¿Qué tendrá, que apenas mira las aradas? ¿Qué tendrá? ¿Por qué con más gentileza llevó sobre su cabeza la blanca cestita ayer? ¿Por qué le dijo a su madre: -Madre, que está lejos padre y he de tardar en volver? Su madre ayer le decía: -Hija, que no es mediodía... ¿No ves el sol en la torre? -Madre, ¿el sol no se equivoca? -¡Jesús, qué cosa tan loca de muchacha!... ¡Corre, corre! Y alegre y ligera vino por ese mismo camino que parte en dos el barbecho; llevaba luz en los ojos, risas en los labios rojos, gozos en el alto pecho. Cantaba las melodías que el sol de los buenos días inspira a las castellanas e inspira a los castellanos cuando se vierte en los llanos de las abiertas besanas. Y las alondras terrosas sus oídos, codiciosas al dulce cantar abrieron, y sobre el surco posadas, con pupilas asombradas, pasar a Teresa vieron. Hoy pasa muda y sombría... «Hija que ya es mediodía», dijo tres veces su madre. «¡Jesús, madre, qué inoportuna! ¡No tengo prisa ninguna, que no está muy lejos padre!» Moza: ¿por qué esas mudanzas?, ¿no tiene hoy lontananzas los bellos ojos de ayer? ¿No te pide melodías el sol de los buenos días en la besana al caer? ¿No te dio un beso tu madre?

¿No vas a darle a tu padre besos y pan en la arada? ¿Hoy no hay alondras terrosas que te escuchen codiciosas la vagabunda tonada? Camino vas del barbecho con un secreto en el pecho que yo conozco, Teresa... No pienses que soy un duende porque mi mente comprende lo que en el pecho te pesa. Allá en aquella hondonada, hay una tierra ya arada que estaba ayer sin arar... Solos tú y yo hemos sabido que a arar el gañán se ha ido a otro lado del lugar. Descansa un rato, Teresa, que yo bien sé cuánto pesa lo que llevas en el pecho, y sé cómo caminamos cuando la carga llevamos hacia el contrario barbecho. No te sonrojes, hermosa, que no es una extraña cosa ni es pecadora mudanza que el sol te parezca oscuro, pesado el ambiente puro, ceñuda la lontananza, pálidas tus melodías, tristes estas gañanías, áridos estos senderos..., y hasta el querer de tu padre y hasta el apego a tu madre más borrosos, más someros... ¿Qué es el barbecho, Teresa? Si amor no está en él, confiesa que barbecho es un erial; mas si algo dice en el pecho que anda amor por el barbecho... ¡barbecho es huerto edenial! Noche fecunda I Ya dejó sus mocedades Juan Antonio el de Villalba, un roble joven que tiene de pardo sayal la cáscara, de acero el tronco robusto,

de puras mieles la entraña. Para que hogar fuese haciendo, para que hacienda fundara, diole el Destino una esposa, diole su padre una vaca. Josefa se llama aquélla; y ésta Cordera se llama; una mujer bien nacida, y una vaca bien criada. Josefa dejó las fiestas y hundió en el arca sus galas; Juan Antonio dejó el marro, y hasta vendió la dulzaina a un temprano chavalillo que a mocearse empezaba. ¡Y bien sabe Dios del cielo que la vendió con un ansia!... Pero el casado es casado y la dulzaina es dulzaina. Y así pasaban los días, que ya diez meses sumaban; Juan Antonio, trajinando; Josefa, metida en casa; la vaca, creciendo en ubre; y el tiempo, dando esperanzas... II Una noche de verano, cerca de la madrugada, llamó a la gente vecina Juan Antonio el de Villalba. Al establo acuden hombres y mujeres a la sala, y en misteriosos encierros se truecan ambas estancias, y hay misteriosos trajines, y misteriosas palabras, y prolongados silencios, y pasajeras alarmas... Y Juan Antonio anda inquieto, la frente en sudor bañada, desde la sala al establo, desde el establo a la sala. En la cocina un momento se sienta, mueve las ascuas y reza dos o tres veces la Salve que nunca acaba, y suda y mira las puertas de establo y sala cerradas... De repente se oye un grito de doliente queja humana y un mugido quejumbroso

de lánguida resonancia. Luego, un silencio terrible; luego, un momento de alarma, y otro grito, otro mugido, y al fin ruido y voces francas. Juan Antonio está aterrado rígido como una estatua; mira a las cerradas puertas que súbito se abren ambas, y oye que desde una y otra le dicen estas palabras uno de los del establo y una de las de la sala: —¡Dos churros... y *dambos* muertos! ¡Dos niñas... y vivas *dambas*! ¡Trisca, vaquerillo! ¿Por qué llora el vaquerillo? ¿Por qué aquella cabrerilla del sotillo ya es amor de otro chiquillo? ¡No me causa maravilla! ¿Por qué tan osado eres, siendo rapaz de once años, que ya quieres probar de tales quereres que guardan tales engaños? ¿No te ha enseñado Natura que toda flor que florece prematura si da fruto no madura, porque en abril envejece? ¿Y no viven más dichosos que tus toros reñidores y celosos los becerrillos nerviosos libremente triscadores? Pues trisca tú, vaquerillo, y olvida a la cabrerilla del sotillo porque tú eres un chiquillo y ella no es una chiquilla... ¿Qué tendrá? ¿Qué tendrá la hija del sepulturero, que con asco la miran los mozos, que las mozas la miran con miedo?

Cuando llega el domingo a la plaza y está el bailoteo como el sol de alegre, vivo como el fuego, no parece sino que una nube se atraviesa delante del cielo; no parece sino que se anuncia que se acerca, que pasa un entierro... Una ola de opacos rumores sustituye al febril charloteo, se cambian miradas que expresan recelos, el ritmo del baile se torna más lento y hasta los repiques alegres y secos de las castañuelas callan un momento... Un momento no más dura todo; mas ¿qué será aquello que hasta da falsas notas la gaita por hacer un gesto con sus gruesos labios el tamborilero? No hay memoria de amores manchados, porque nunca, a pesar de ser bellos, «buenos ojos tienes» le ha dicho un mancebo. Y ella sigue desdenes rumiando, y ella sigue rumiando desprecios, pero siempre acercándose a todos, siempre sonriendo, presentándose en fiestas y bailes y estrenando más ricos pañuelos... ¿Qué tendrá la hija del sepulturero? Me lo dijo un mozo: «¿Ve usted esos pañuelos? Pues se cuenta que son de otras mozas... ¡de otras mozas que están ya pudriendo!... Y es *verdá* que *paece* que *güelen*, que *güelen* a muerto...» Las sementeras I Con el relente que le da tempero, la madrugada roció la tierra. Se siente frío en la besana húmeda; el terruño está solo. Ya alborea. Lo dice levantándose del surco

la alondra mañanera que desgrana en el aire el de sus trinos hilo copioso de sonantes perlas. Ya sale el sol de las mañanas tibias, ya sale el sol de las mañanas buenas, sol de salud, incubador de gérmenes, sol de la sementera. No tiene más testigos y cantores que yo y la alondra en la besana escueta, ni más espejos que el regato limpio y el rocío en las puntas de la hierba. Viene triunfante, coronado de oro; radiante viene levantando nieblas y evaporando el matinal relente que parece el aliento de la tierra. Ya llegan mis gañanes con las yuntas canturreando la canción primera que les arranca el equilibrio plácido del bien venir de la mañana buena. Rayando los timones el camino, y en alto la mancera, vienen los bueyes con la cruz que forman el yugo y el arado en la cabeza. Ya escucho golpes secos de mazos y de azuelas, silbidos cariñosos, nombres de bueyes que en besana entran y uno que suena compasado ruido como de riego de menudas perlas al desplegarse el abanico de oro de la simiente que los mozos riegan. Estoy en el repecho presidiendo mi hermosa sementera. Todo lo escucho con avaro oído: el blando hundirse de las anchas rejas; el süave rodar hacia los lados de la mullida tierra; el alentar pujante de los bueyes, de cuyos bezos charolados cuelgan tenues hilos de baba trasparente que el manso andar no quiebra; aquel pausado y firme posar de sus pezuñas gigantescas; el crujir dormilón de las coyundas que el yugo pulimentan; un aliento de brisa tan süave que apenas se menea, un hondo y general rumor de vida y un ruido sordo de pujante brega. Y tal como si el alma del terruño viniese toda condensada en ella,

la tonada de arar surge solemne la tonada de arar al alma llega cantando cosas dulces, diciendo cosas buenas. Sus mansas recaídas parecen que remedan la suavidad de las laderas dulces de la ondulada castellana tierra o el tranquilo vaivén de los pensares que el mar ondulan de las almas serias. Y a mí también me hablan sus lánguidas cadencias del bien gozar los apacibles goces, del bien llorar las bendecidas penas, del buen amor de la mujer fecunda, del bien sentir la paternal querencia y de un vivir sereno, fuerte y seguro, como aquel que llevan, paso de hierro sobre tierra blanda, los mansos bueyes de gigantes fuerzas. II Cruzan el cielo nubecillas tenues que parecen blanquísimas guedejas cortadas del vellón inmaculado que dieron en abril las corderuelas. El sol baña el terruño, se ve crecer la hierba y huele a tierra húmeda cargada de promesas. ¡Qué dulce es presidir desde el repecho la propia sementera si el cielo es transparente, fresco el aire, húmeda y fértil la esponjada tierra, el sol templado, la simiente sana, robustas las parejas, alegres los gañanes, la tonada de arar, sentida y lenta, sabroso el pan de casa y el agua del regato limpia y fresca! La mente embebecida se carga entonces de memorias bellas; del lado del hogar me vienen todas, que el hogar es el cielo de la tierra, la paz de mi vivir me las regala y en paz el corazón las paladea. ¡Aquella del hogar sí que es hermosa! ¡Aquella sí que es santa sementera! También yo la presido, también Dios la bendice y la gobierna. Dios encendió en el cielo de la vida el sol de los amores para ella,

para que al fuego santo las almas y las sangres se fundieran. Dios le da noches de fecundas horas y luengos días de apacibles treguas..., ¡horas sin luz que velen sus misterios y horas de sol que sus entrañas templan! Y Dios, Padre del mundo, le da también cosecha de frutos vivos que el vivir anudan, de frutos bellos que el vivir alegran... ¡Señor, que das la vida! Dame salud y amor, y sol y tierra, y yo te pagaré con campos ricos en ambas sementeras. Canto al trabajo A ti, de Dios venida, dura ley del trabajo merecida, mi lira ruda su cantar convierte; a ti, fuente de vida; a ti, dominadora de la suerte. Escucha cómo canta la oscurísima voz de mi garganta lo que tienes, ¡oh ley!, de creadora, lo que tienes de santa, lo que tienes de sabia y redentora. Porque eres fuente pura que manas oro de la henchida hondura, fecunda y rica en mi canción te llamo; porque eres levadura del humano vivir, buena te aclamo. Redimes y ennobleces, fecundas, regeneras, enriqueces, alegras, perfeccionas, multiplicas, el cuerpo fortaleces y el alma en tus crisoles purificas. ¡Señor! Si abandonado dejas al mundo a su primer pecado y la sabia sentencia no fulminas, hubiéranse asentado tumbas y cunas sobre muertas ruinas. Mas tu voz iracunda fulminó la sentencia tremebunda, y por tocar en tus divinos labios tornóse en ley fecunda el rayo vengador de tus agravios. Si de acres amarguras

extraen las abejas mieles puras, ¿cómo Tú no sacar de tu justicia paternales ternuras para la humana original malicia? Fecundo hiciste al mundo, feliz nos lo entregó tu amor profundo, y cuando el crimen tu rigor atrajo, nuevamente fecundo, si no feliz, nos lo tornó el trabajo. ¡Mirad, ojos atentos, toda la luz que radian sus portentos, todo el vigor que en sus empresas late! ¡No hay épicos acentos para cantar el colosal combate! Mirad cómo a la tierra provoca con el hierro a santa guerra, desgarrando sus senos productores, donde juntos sotierra semillas, esperanzas y sudores. El boscaje descuaja, las peñas de su asiento desencaja, estimula veneros, ciega fosas, y el alto cerro cuaja de arbóreas plantaciones vigorosas. Abajo, en la ancha vega, trenza el río sereno y lo despliega en innúmeros hilos de agua pura que mansamente riega opulentas alfombras de verduras. A veces, remansada, la detiene la presa, y luego airada la despeña en cascadas cristalinas con fuerza regulada que hace girar rodeznos y turbinas. Mirad cómo los mares abruma con el peso de millares de buques que cargó con sus labores, y a remotos lugares manda de su riqueza portadores. Mirad cómo devora la distancia en la audaz locomotora que creó gallardísimas y ligera; mirad cómo perfora la montaña que estorba su carrera. Cómo escarba en la hondura y persigue el filón dentro la oscura profunda mina que el tesoro guarda, como la inmensa altura va conquistando de la nube parda.

Como el taller agita, cómo en el templo del saber medita, y trepida en las fábricas brioso, y en las calles se agita, y brega en los hogares codicioso. Labra, funde, modela, torna rico el erial, pinta, cincela, incrusta, sierra, pule y abrillanta, edifica, nivela, inventa, piensa, escribe, rima y canta. El rayo reluciente, fuego del cielo, espanto de la gente, ha tornado en sumiso mensajero, que de Oriente a Poniente lleva latidos del vivir ligero. Al padre y al esposo les da para los suyos pan sabroso, olvido al triste en su dolor profundo, salud al poderoso, honra a la patria y bienestar al mundo. Tiempos aún no venidos del imperio triunfal de los caídos: ¡derramad pan honrado y paz bendita sobre hogares queridos que templos son donde el trabajo habita! Tiempos tan esperados de la justicia, que avanzáis armados: ¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas de alcázares dorados que no las tengan al trabajo abiertas! ¡Vida que vive asida savia sorbiendo de la ajena vida, duerma en el polvo en criminal sosiego! ¡Rama sea o podrida perezca por el hacha o por el fuego! Y gloria a ti, ¡oh fecundo sol del trabajador, alegrador del mundo! Sin ofensa de Dios, que fue el primero, tú el creador segundo bien te puedes llamar del mundo entero. Mi música Naturales armonías, populares canturías cuyo acento musical no es engendro artificioso, sino aliento vigoroso de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos, vuestros ecos repetidos en ritornelo hablador, son mis goces más risueños, son el arte de mis sueños, ¡son mi música mejor! Rumores que en la alquería revientan con alegría del dorado amanecer, que despierta sonriendo las que estuvieron durmiendo fuerzas vitales de ayer; brava música sincera de la ronda callejera de los mozos del lugar, que con guitarras sonoras y bandurrias trinadoras acompañan su cantar; alegre esquilón de ermita, voz de amores que recita la romántica canción; ruido de aire que adormece, son de lluvia que entristece, manso arrullo de pichón; cuchicheos de las brisas, melodías indecisas del tranquilo atardecer, aletazos de paloma, balbuceos del idioma que empieza el niño a aprender; jugueteos musicales que modula entre zarzales el callado manantial cuyo hilillo intermitente da la nota transparente de una lira de cristal; melancólicos murmullos, sabrosísimos arrullos, vibraciones del sentir, que la madre en su cariño le dedica al tierno niño invitándole a dormir; claro timbre plañidero del balido lastimero del inquieto recental; eco triste del bramido del becerrillo perdido que sestea en el erial; grave zumbar pregonero del tábano volandero que arrullo en la siesta da;

que murmulla, que se queja, que se acerca, que se aleja, que retorna, que se va..., hálitos del bosque frío, lejano zumbar de río, hachazos de leñador, explosivos en la sierra, eco incógnito que yerra, hijo ignoto de un rumor; suspiro de muda pena que no vibra, que no suena, pero se siente sonar; sollozos del pensamiento que solo del sentimiento quieren dejarse escuchar; vuelo sereno de ave, ritmo de aliento suave, beso que arranca el querer, nombre de madre adorada, voz de la mujer amada, llanto de niño al nacer; tonadilla peregrina que modula en la colina la gaitilla del zagal, la que vierte blancas notas que de miel parecen gotas desprendidas del panal; besos del aura y la parra, lágrimas de la guitarra latidos del corazón, quedas pláticas discretas, palabras de amor secretas, lamentos de honda pasión; pintoresca algarabía de la alegre pastoría derramada en la heredad, trajinar de los lugares, tonadillas populares, tamboril de Navidad; trino de alondra que el vuelo levanta, cantando, al cielo, de donde su voz tomó; canto llano de sonora codorniz madrugadora que a la aurora se enceló; ecos lánguidos que envía de la vaga lejanía la tonada del gañán, que en la tibia sementera canta y ara en la ladera

que la da trabajo y pan; dulces coros de oraciones suspiros de devociones, sollozos de pecador, voz del órgano suave que llora con ritmo grave la elegía del dolor; popular algarabía de la alegre romería que ya el valle va a dejar con jijeos y cantares que en cañadas y encinares se repiten sin cesar; aire quedo de alameda que una música remeda que el alma nunca entendió, una música increada que en el seno de la nada para siempre se quedó; manso zumbar de colmena que trabaja en la serena tarde plácida de abril; coro que llena de ruidos la de niños que va a nidos sonora tropa gentil; bellas rimas del poeta cuya música interpreta los arrullos del amor, los estruendos de la orgía, la calmante poesía que hay disuelta en el dolor. Las injurias de la suerte, los horrores de la muerte, los misterios del sentir y el secreto religioso del encanto doloroso de la pena de vivir... Yo os lo dije; vuestros ruidos, vuestros ecos repetidos en ritornelo hablador, son el pan de mi deseo, son el arte en que yo creo, ¡son mi música mejor! La montaña ¡Hablemos, atalaya gigantea! Desde tu inmensa altura, ¿me verás muy pequeño en esta hondura del valle estrecho en que mi choza humea?

¿Verdad que para ti somos iguales el hombre de la choza que, sentado en sus míseros umbrales, la gran visión de tus grandezas goza, y el último volátil insectillo que se posa en el último ramillo del árbol más enteco, del menos admirado bosquecillo, de tu más olvidado recoveco? ¡Es tanta tu grandeza!..., tan soberbia tu historia, tan altiva levantas y tan alta la cabeza, que solo pequeñez, solo pobreza verás en lo de abajo desde arriba. Te engendró trepidando el terremoto, ¡reina de las montañas!, y por la boca del abismo ignoto la tierra te parió de sus entrañas, rugiendo de dolor su seno roto. Viniste a la vida, no tremiendo con trémulos vagidos, sino cantando la jamás oída formidable canción de tus rugidos. Y transpiraste en tu alentar inmenso soberbias espirales que cegaron el éter de humo denso. Y tu loca niñez, brava y ardiente, envolvióse en pañales que eran manto de lava incandescente... Luego imprimieron sobre ti sus huellas los días creadores de las fecundas primaveras bellas, las que en tierra feraz siembras las flores como Dios en el cielo las estrellas. Tu ardiente aliento, destructor por fuerte, fue brisa luego, de frescura henchida, y aquel tu arrollador fuego de muerte trocóse en fuego incubador de vida. Y una robusta juventud briosa sembró tus cumbres y cuajó tus faldas de lluvia lujuriosa, de boscaje espumante de guirnaldas. Enamorada del soberbio nido vino a incubar sobre tu haz la vida, vino a habitarte el concertado ruido, vino a vivir de tu vivir henchido toda pareja por instinto unida. Por tus gargantas hondas rodó el torrente flagelando peñas, hinchando espumas y mojando frondas; erró la fiera entre tus hoscas breñas, el cabrero salvaje

incrustó su majada en las risueñas orillas agrias del corriente aguaje, y alegraron sus cuestas los apriscos, y hubo nidos de pluma entre el ramaje, y cuevas de reptiles en los riscos... Y en tus noches ardientes te arrullaron graznidos estridentes de búhos en el árbol apostados, y bramidos dolientes de ciervos encelados; y te *bañastes* en el mar de oro de las auroras puras, oyendo el himno del vivir sonoro del de las aves incontable coro que habitaba tus densas espesuras... Cantares de cabreros, zumbar de regatuelos espumosos, balidos lastimeros de cabritos nerviosos, silbos de águila osada que de éter embriagada se cierne sobre ti cerca del cielo, delineando con redondo vuelo el nimbo de tu cresta coronada de riscos y de nieve inmaculada... Todo vivió cantando como pudo tu vida fuerte, formidable y ruda, de cuerpo virgen ante el sol desnudo, y tú, serena y muda, como quien todo lo abarcó y lo encierra, por el éter sutil ibas rodando en tus lomos gigantes soportando la mitad de la vida de la tierra. El bello sol naciente siempre el beso primero puso amoroso en tu soberbia frente; siempre su adiós postrero te quiso dedicar el sol poniente... ¡Con qué gigante majestad rendida! os amáis los gigantes de la vida! ¡Qué pequeño verás desde tu altura al hombre de la choza que tus regias grandezas canta y goza hundido en las honduras de esta hondura! Eres grande, ¡oh montaña!, y rica con espléndida riqueza; tienes oro en la entraña y corona de plata en la cabeza... ¡Pero yo soy más grande! ¡Yo más fuerte! ¡Yo más rico que tú!... ¡Yo he de vencerte! No en la entraña metales brilladores, ni en la frente coronas temporales: ¡tengo en el corazón fragua de amores! ¡Tengo en la frente fragua de ideales!

¿Y qué volcán tuviste tan ardiente como el humano corazón que ama? ¿Ni qué encendida llama radiará luz tan pura y esplendente como esta que mi espíritu derrama? ¡Tú envejeces! La nieve de tu cumbre que ya ha apagado tu prístina lumbre me dice que declinas, que ya helada caminas de tu vivir hacia el helado invierno... ¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno! Mas ¿para qué conmigo compararte, soberbio monstruo inerte, si del cogüelmo de mi vida, el Arte te está dando una parte porque no te confundan con la muerte? Y, en fin, mole dormida, aunque sintieras como yo la vida, me envidiaras, sin duda, ¡porque yo sé cantar y tú eres muda! Un don Juan Amo, de aquella cuestión de ayer, pues ya me atreví. —¡Gracias a Dios, cobardón! ¿Y qué te dijo? —Que sí. —¿Ves, Jenaro? Si te dejo, no llegas nunca a animarte, y te me mueres de viejo con las ganas de casarte. Me gusta la valentía. Y la lengua, ¿se enredó? —Pues mire usted, yo creía que iba a ser más; pero no. Y eso que al *dir* a empezar, por mucho que porfié, pues no me pude acordar del *emprencipio* de *usté*. —¡Por vida de...! ¿Y qué *jinojos* hiciste entonces, Jenaro? —Pues, nada, cerrar los ojos y *dir p'alante*. —¡Pues claro! Cuando se ignora, se inventa. —Pues ese fue el aquel mío. Me tuve que echar la cuenta

que se echa el hombre *perdío*, y como un eral cerril arremetí con alientos, porque ya, preso por mil..., pues preso por mil quinientos. No es más que mientras se empieza. Yo *cuantis* que me corté, pues *na* más de mi cabeza *cuasi* todo lo saqué. —¡Bien hecho! ¿Y le gustaría bastante más que lo mío? —Yo le dije *asín*: «María: dirás que a qué habré *venío*.» —¿Y qué te dijo? —Que hablara. Ella bajó la cabeza y se le puso la cara lo *mesmo* que una cereza. A mí también se me ardía, la *verdá* se ha de decir; pero le dije: «María: ¿sabrás que tengo un sentir?» —¡Bien dicho! ¿Y no te comieron porque hiciste esa pregunta? —No, pero me se pusieron todos los pelos de punta. Yo *cuasi* que no veía, la *verdá* se ha de decir; pero le dije: «María: ¿sabrás que tengo un sentir?» *Cuasi* que me han *obligao* —le dije- a venir acá, que yo bien *retuso* he *estao* por *mo* de la *cortedá*; pero el amo, que sabía mi sentir, pues ayer tarde *mesmamente* me decía: «Jenaro, ¡no seas cobarde! La moza es poco fiestera y poco aparentadora, y no es moza ventanera, y es *árdiga* y vividora. Y luego, es bien parecía, y es *callaíta* y prudente, y es honesta y recogía, y viene de buena gente... Anda con ella, comienza

mañana a la noche a *dir*, que a cuenta de la vergüenza te la dejas escurrir...» Pues sobre aquello volviendo del sentir que te decía, sabrás que te estoy *quisiendo* ya hace tres años, María. Siempre he *andao* negativo dejándolo *pa dispués* y *na* más que es a motivo de lo corto que uno es. Y *asín* me estaba, me estaba, aguantándome el sentir, a ver si se me pasaba, la *verdá* se ha de decir. Y *hate* cuenta que cada año pues más me reconcomía, hasta que ya dije hogaño: ¡Habrá que estar con María! Porque en habiendo un querer, la *verdá* se ha de decir, ni *cuasi* puedes comer ni *cuasi* puedes dormir. Y no es el decir que uno esté *encitando* el pensar, porque yo creo que *nenguno quedrá* siempre *asín* estar. Es *na* más que te aficionas y que pierdes la chaveta en *cuantis* que una persona por los ojos te se meta. Y que ya nadie te apea ni te hace volver atrás y llevas aquella idea por *andiquiera* que vas. Pues un querer derechero como el corazón te ablande, es igual que un *abujero*: *cuanti* más le hurgas, más grande. —¡Caramba! ¡Muy bien, Jenaro! y ella entonces te diría... —A lo primero, pus claro, dijo que ya se vería. Pero *dispués* ya ve *usté*, la gente se va atreviendo. Yo le dije: «Volveré.» y ella dijo: «*Vay* viniendo.»

—Vamos, sí, que habrá casorio. —De eso *entá* no hemos *tratao*. Sólo el parlárselo..., ¡*corio*!, ¡más vergüenza me ha *costao*...! Los dos soles Vámonos al hastial de la sala, vámonos, Francisco, que se está que da gloria estos días de sol y de frío. Y al rincón del hastial soleado por tibiezas del sol invernizo se van temblorosos los dos viejecitos con el calendario, con el argadillo, con las frentes cargadas de tiempo, con las venas cargadas de frío. ¡Qué serena la tarde resbala por delante de aquel rinconcito! ¡Las dulces tibiezas del sol invernizo como alientos del Dios de la vida dan calor a los dos viejecitos! Una dulce modorra süave va durmiendo sus torpes sentidos al rumor del rozar quejumbroso de las vueltas del viejo argadillo, que se queja con ritmo de enfermo, plañidero, sutil, dolorido... La tarde es templada y el rincón del hastial está tibio... Se derrite la nieve en los campos, se descubre el verdor del ejido, pican las cigüeñas la vera del río, lavan las muchachas, balan los cabritos, corren los regatos, llora el argadillo, y en los montes las lenguas de acero de los anchos destrales blandidos acompañan su bronca salmodia con reflejos estruendos sombríos, fragorosos desgarres de ramas, roncos tumbos de troncos hendidos... ¡Allí están los mozos!... ¡Allí está aquel hijo!... Murieron los rayos del sol mortecino... —Vamos a la lumbre. —Vámonos, Francisco. Y al rincón del hogar, frío y solo,

se marcharon los dos viejecitos, con el calendario, con el argadillo, temblando de viejos, temblando de frío. —Ya viene cantando... —Ya viene ese hijo... Y el hogar apagado y oscuro revivió con el mozo fornido, revivió con los fuegos sagrados del amor y el hogar confundidos... Y el viejo a la vieja díjole al oído: —Tenemos dos soles que quitan el frío: pa de día, el que alumbra en el cielo; pa de noche, ese hijo..., ese hijo... El arrullo del Atlántico I En el nombre de Dios canto la vida. Era la hora en que la luz esperan, para iniciar la cotidiana huida, las sombras densas de la noche oscura que en el abismo caótico fundieran el abismo del mar y el de la altura. ¡Naturaleza!, cuando estás dormida y el alma que te adora por nocturno crespón te ve cubierta, se finge en su cariño que estás muerta, y perdida te llora, hasta que luz de aurora te despierta... ¡Salve, luz creadora! Si de la mano del Señor salida prístina creación es toda vida segunda creación es toda aurora. Como se abren los pétalos iguales de roja minutisa, como se abren dos labios virginales que quieren bosquejar una sonrisa, como deben abrirse a los mortales las áureas celosías edeniales, así se abrió, purísimo y riente, un resquicio de cielo por Oriente, y trémulas surgieron e indecisas, por el abierto desgarrón del velo, tintas crepusculares que elevaron la bóveda del cielo y abatieron las curvas de los mares. La musa de los piélagos azules que alienta brisas y transpira brumas y viste mantos de azulosos tules, con encajes purísimos de espumas...

La gran dominadora del piélago iracundo donde mora; la maga del abismo, que aún dormía, movió la linfa, le prestó armonía, y este armonioso cántico surgió solemne, al despuntar el día, del hondo seno del azul Atlántico. II Verdes musas erráticas de almas de luz y liras cristalinas, nereidas de pupilas abismáticas, sirenas de gargantas peregrinas, monstruos del fondo, genios de las olas, acres brisas marinas, que venís de las playas españolas o venís de las playas argentinas... Genio de la bonanza, a cuyo arrullo trueco mi grito en musical murmullo; genio de la borrasca, a cuyo grito respondo detonante y en hervidero arrollador me agito..., ¡cantad conmigo la ocasión gigante con que a los hombres al progreso invito! Yo soy aquel abismo que separa la que el destino poderosa y una raza noble creara en hispano solar e hispana cuna. Yo soy el gran vencido del genio humano, que me vio rendido bajo frágiles quillas victoriosas de audaces carabelas que rayaron mis lomos con estelas de perennes honduras luminosas. Hermanas tierras cuyas bellas playas ricas de frutos y de flores gayas, beso con los gigantes labios de mis orillas... ¡los besos de mis labios son semillas que producen cosechas abundantes! Nobles razas gemelas que ardéis en fraternales sentimientos, ¡ahonde vuestro amor esas estelas que han vencido a los siglos y a los vientos! ¡Tejed, tejed sobre mi haz hirviente de nuevos derroteros red tupida y engrandecedme bajo el peso ingente de pedazos de Patria enriquecida que, abatiendo mis lomos en su centro dilate mis orillas tierra adentro! Poderoso Neptuno, que dominas las iras bravas de mis glaucas olas ¡úncelas a las naves peregrinas

que vengan de las playas españolas o vengan de las playas argentinas! ¡Enfrena, Eolo, enfrena la cuadriga briosa de los vientos y fija en popa ordena que sople una veloz brisa serena que endulce y apresure movimientos! Y vosotras, nereidas ambarinas con luengas cabelleras de oscurísimas algas azulinas, ¡alejad a esas ricas mensajeras de escollos y de sirtes traicioneras! Y tú también, estrella titilante que en mi espejo oscilante y en el del cielo diáfano rutilas menos que en las pupilas de atento navegante: tus fulgores purísimos no veles con crespones de nubes tormentosas que a esos ricos bajeles aparten de las vías venturosas. Y tú, Dios soberano, que todo lo creaste y lo gobiernas; única augusta mano que sabe modelar cosas eternas, única idea que en ninguna anida, única luz que de la luz no nace, origen sin origen de la vida que se apaga ante Ti, y en Ti renace... Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza. Tú la sabiduría, Tú la derecha iluminada vía de la humana grandeza, bendice el alma de tus pueblos fieles, haz que cuajen sus flores en frutos áureos de sabrosas mieles, pon en su entraña amores, lumbre en su inteligencia, paz en sus horas, gloria en sus destinos, fe pura en su conciencia, luz en su oriente y oro en sus caminos. Tiende sobre mi haz el invisible manto de tu poder incontrastable, y por seguros derroteros fijos bogarán en legión interminable tus laboriosos hijos. No me ordenes, Señor, que abra mis senos, y de tus pueblos fieles en ellos precipite los bajeles que mi móvil cristal hienden serenos. ¡Señor! Navegan llenos de ricos frutos que crió Natura con riegos de rocíos y sudores, llevan copia hechicera de industriales y artísticas labores,

llevan la luz postrera que la ciencia radió, llevan amores... Hermanas gentes cuya entraña encierra sangre y alma españolas: ¡el cielo es vuestro; sojuzgar la tierra! ¡Vuestro yo soy; encadenad mis olas! Unid mis dos orillas con oscilantes puentes de regueros longuísimos de quillas henchidas de riquezas y de gentes. Y con los brazos en la brega dura, en Dios la fe y el corazón en todo, gozad el oro en su virtud más pura, poned la muerte entre el honor y el lodo, sentid el arte en su divina altura, buscad la gloria donde eterna sea, trocad la ciencia en savia sustanciosa, cambiad amor del que deleita y crea... ¡Vivid la vida en su verdad hermosa! La balada de los tres I Ayer por la tarde se acabó la fiesta, la de San Antonio, que es la de mi aldea. A incienso y a flores olía la iglesia; la casa, a membrillo; la ropa, a camuesas; las mozas, a vírgenes, y a santas, las viejas. ¡Qué pronto se pasan los días de fiesta! Ahora está la niña lavando en la vega, y el alma le hieren borrosas tristezas, dolientes memorias, ternuras patéticas... Ya guardó en el arca la ropita nueva, la ropita limpia, que huele a camuesas. Tamboril y gaita ya no la recrean, ni de amor alegre la sangre le llenan los repiques duros de las castañuelas, lenguas de muchachos

que no tienen lengua para hablar de amores a las muchachuelas. ¡Qué sola está el alma! ¡Qué sola la vega! ¡Esta tarde se muere la niña, se muere de pena! II El mozo está solo regando la huerta; la huerta está alegre; la tarde, serena, y al alma del mozo le agobian tristezas. ¡Qué pronto se pasan los días de fiesta! ¡Qué tristes las tristes memorias que dejan! Ya no luce el mozo la voz en la iglesia, ni en el ancho ejido con los mozos juega, ni a la tarde baila con las muchachuelas, ni a la noche ronda la ventana estrecha de la casa blanca de la fiel morena. En la vieja arcona de la sala vieja ya guardó su madre la ropita nueva con las cintas verdes de las castañuelas y el de cien colores corbatín de seda... ¡Qué sola está el alma! ¡Qué triste la huerta! ¡Esta tarde se muere el muchacho, se muere de pena! III Yo ya no soy mozo, pero tengo penas que parecen cosas de la gente nueva. Se me van muy pronto los días de fiesta. La misa cantada y el juego en la era y el baile en la plaza de vida me llenan.

Esta tarde siento mortales tristezas, ansias dolorosas, ternuras patéticas. La tarde está sorda, sin ruido la aldea, desierta la plaza, cerrada la iglesia: y en la huerta, el mozo; la moza, en la vega... ¡Yo, dos veces solo, tengo una tristeza!... ¡Yo me muero también esta tarde, me muero de pena! Ana María (Fragmentos de un poema) I La primavera Una alondra feliz del pardo suelo, fue la primera en presentir al día, y loca de alegría, al cielo azul enderezando el vuelo, contábaselo al campo, que aún dormía. Celosa codorniz, madrugadora, dijo tres veces que la bella aurora se avecinaba con amable prisa: del lado del Oriente vino una fresca misteriosa brisa, con las alas cargadas de relente, y aun en sagrada oscuridad envueltas las hojas de los árboles sonaron dulcemente revueltas, las mieses ondearon, y de los senos de la tierra helada surgió, vivificante, el húmedo perfume penetrante que solo sabe dar la madrugada. ¡Cuán bien se disponía Naturaleza a recibir el día! La línea pura del albor naciente, vaga primicia grata del de la luz fecundador tesoro, primero fue de plata, más tarde de oro, después encendidísima escarlata, roja amapola, y luego cegador, chispeante, ardiente fuego. En medio de la lumbre que derretía el encendido Oriente, sobre el perfil de la elevada cumbre,

el sol triunfante levantó la frente... y a la puerta feliz de la alquería asomó al mismo tiempo Ana María. ¡Gran Dios, bendito seas! ¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas! II Ana maría ¿Por qué tan madrugadora la rosa de la alquería? Porque es una labradora castiza y trabajadora que siente pequeño al día. ¿Por qué tan pronto romper del mañanero dormir y del soñar el placer? Porque dormir no es vivir y soñar no es proveer. Porque sabe que conviene, como le enseña su madre, mirar al tiempo que viene... ¡Por eso tiene su padre la buena hacienda que tiene! Tiene en la alegre alquería labor y ganadería, con pastos siempre sobrados; huertos en la Alberguería, y en Hondura casa y prados; y de su padre heredadas, y en su gente vinculadas, puede en la Armuña contar con cuatro o cinco yugadas de tierras de pan llevar, y, estimulante más grato, corren añejas hablillas diciendo, no sin recato, que tiene zurrón de gato lleno de onzas amarillas. Y aun dice la gente a coro que son su hacienda y su oro cosas de menos valía que aquel divino tesoro de su hermosa Ana María. ¡Y dice verdad la gente! Pues ¿quién como esta doncella promete vida tan bella cual la del nido caliente que del hogar hará ella?

Del monte en el mundo estrecho túvola Dios que poner, porque paloma la ha hecho. No tiene hiel en el pecho, ¿cómo ha de darla a beber? Dará bálsamos calmantes, hondas ternuras sedantes, cosas del alma sin nombres... ¡Lo que buscamos los hombres del grave vivir amantes! Natura le dio belleza; su madre le dio ternuras; su padre, viril nobleza, y Dios la humilde grandeza que tienen las almas puras. Los rayos del sol, fogosos, cetrina su tez pusieron, y los aires olorosos de los montes carrascosos la sangre le enriquecieron. Diole el trabajo soltura; la juventud, bizarría; el buen ejemplo, cordura; la sencillez, alegría, y la honestidad, frescura. Con generosa largueza, Natura le dio riqueza de sustancioso saber. ¿Qué enseña Naturaleza que no se deba aprender? Que la abeja es laboriosa, que la tórtola es sencilla, que la hormiga es hacendosa; que se esconde, que no brilla la violeta pudorosa... Que las aves hacen nidos, siempre solos y escondidos en los senos de la fronda, porque no es la dicha honda buena amiga de los ruidos; que los ríos y las fuentes tienen aguas transparentes cuando corren muy serenas..., que son limpias las arenas y son mansas las corrientes; y de aquella golondrina que ha anidado en la campana de la rústica cocina, se despierta alegre y trina cuando apunta la mañana.

Que las corderas vehementes que se apartan imprudentes de las madres clamorosas, morirán entre los dientes de famélicas raposas. Eso Natura enseñaba y eso la moza aprendía. Quien era mozo soñaba, yo era poeta y cantaba, Dios es bueno y bendecía. III Los amores Así miraban los mozos la alquería solitaria como su cueva el avaro, como el sediento las aguas, como el labriego su siembra, como el cabrero sus cabras, como los santos la gloria, como sus dichas el alma. En vano mandó emisarios el mozo aquel de Villalba, que tiene buena presencia, buena hijuela y buena fama. En vano mandó memorias, por boca de un viejo guarda, Tomás, el de Moraleja, que ha de disfrutar mañana su buena montaracía, su no pequeña senara, sus buenas yeguas de vientre, su buena punta de vacas. En vano, como los otros, mandó después una carta por medio de una pavera que está en la dehesa rayana, José Manuel, el de Fresno, hijo de gente muy sana, vividor como una oruga y muy metido en su casa. En vano aquel estudiante que estudiaba en Salamanca y a holgar iba en los estíos a la solariega casa, llegaba hasta la alquería contando azares de caza que lo llevaban rendido buscando descanso y agua, y algo más que Ana María discretamente callaba. Tampoco era el elegido Manuel Andrés, el de Navas, aquel que yendo a la aceña perdió una jornada larga

para que viera la moza pasar por ante su casa cuatro parejas de bueyes que daba gusto mirarlas, con dorados esquilones y melenas coloradas; cuatro carros muy galanos, llevando la rica carga de cien fanegas de trigo para el consumo de casa; costales nuevos, de estopa como la nieve de blanca, escriños y sacas nuevas, alforjas abarrotadas y el amo llevando el carro que iba rompiendo la marcha. Todo lo vio Ana María, que estaba fuera de casa tendiendo al sol unas telas como la nieve de blancas, y, ni amorosa ni esquiva, cuando llegó a saludarla, al majo mozo engreído le dijo en tono de hermana: «Hijo, tienes unas yuntas que da contento mirarlas. Así quisiera las nuestras, pero mi padre me salta con que las carnes que sobran son garrobitas que faltan.» Como este mozo pasaron por la afortunada casa mozos de toda la Huebra, mozos de tierra de Alba, madres de mozos huraños, gañanes con embajadas, comadres con panegíricos, parientes con esperanzas... Mas cuando llegaba el caso de dar la respuesta ansiada, marchábase Ana María, su padre no contestaba, y sola la pobre madre henchir algo procuraba la alforja a los emisarios con semejantes palabras: «Que se agradece el acuerdo; que la familia es honrada; que el mozo, si sale a ella, será un hombre de su casa; pero que ahora es una niña sin reflexión la muchacha, y hay que dejar que se críe, que es mucho lo que hace falta para enseñarle a una hija a ser mujer de su casa.» Y así pasaban los meses, y así los años pasaban, y un vaquerillo que antaño

sirviendo estuvo en Arlanza y hogaño estaba en Olmedo, trajo de Olmedo una carta que recibió Ana María y abrió su madre en la sala, que no es la cocina sitio para secretos de casa. Y así la carta decía con letras muy retocadas, y así, dos meses más tarde, la moza le contestaba: Las cartas 1 «Apreciable Ana María: Me alegraré que te halles al recibo de estas letras que te dirige tu amante, tan bien como yo deseo, en compañía de tus padres, pues yo estoy bueno, a Dios gracias, pa lo que gustes mandarme. Pues sabrás, Ana María, que el motivo de mandarte por el dador esta esquela, es porque dice mi madre que antes de *dir* a tu casa debo de manifestarte las intenciones que tengo *determinao* de expresarte, y son el tratar contigo, si son gustosos tus padres, y si tú también lo eres como este tu fino amante. Pues el motivo de ello sabrás que es el de apreciarte y el de casarme contigo, si no encontraras achaques que ponerle a mi persona, como tampoco a mis padres. Pues sabrás que a mí me corre bastante prisa el casarme, por causa de que mi hermana por mí tiene que esperarse, y el novio le mete prisa por mor de no tener madre. Pues sabrás que yo deseo que, *cuantis* puedas, me mandes a decir el resultado de si todos sois gustantes, pues el saber que me quieres será un alegrón bien grande, pues sabrás que yo te quiero ya hace tres años cabales, y por ser uno algo corto pues no te lo he dicho antes. Sin más, les darás memorias a tu padre y a tu madre,

y tú recibes el alma y el corazón de tu amante, que te aprecia y que lo es, Juan Manuel Sánchez y Sánchez.» 2 «Apreciable Juan Manuel: Me alegraré que recibas la presente disfrutando de igual salud que la mía, en compaña de tus padres y de la demás familia. Pues sabrás por la presente que recibí hace tres días la esquela que me mandaste diciéndome que te escriba mandándote el *resultao* de lo que en ella decías. Pues sabrás que se lo dije, a mis padres en seguida, lo cual les ha parecido que vienes con mucha prisa, y dicen que yo no tengo prisas ninguna hoy día. Pues sabrás por la presente lo mucho que te se estima el acuerdo que has tenido y el decir que a mí me escribas con licencia de tus padres y de toda la familia. Pues de aquello que tú quieres el *resultao* en seguida, sabrás que no hemos *pensao* el asunto *entodavía*; por lo cual no puedo ahora darte entrada ni salida; pero si vas a Cabrera quizás allí te lo diga, porque hemos *determinao* de *dir* hogaño a la misa que va mi padre, a motivo de ser de la cofradía. Sin más, les darás memorias, de parte de mi familia, a tu padre y a tu madre, y se las das también mías. Y tú también las recibes de tu afectísima amiga, que te aprecia y que lo es, Ana García y García.» IV Cabrera Donde Dios nos dé un campo deleitoso levantamos los hombres una ermita, que así como el Edén es delicioso

porque el Señor lo habita el campo es más hermoso cuando el Dios que lo hizo lo visita. Dios quiso un día derramar verdura sobre los campos de Cabrera amenos, y aquella casta de la sangre pura, la rica casta de los hombres buenos, aquellos que la vida atravesaron con paso de viajero que no yerra, una ermita en Cabrera levantaron, y vivieron con Dios sobre la tierra. Era la raza cuya muerte lloro cuando con Dios para llorar me encierro, almas de acero, corazones de oro, pechos de cera y miel, brazos de hierro. Hijos de Dios y para Dios criados, conocieron a Dios; fueron piadosos; pidieron solo pan; fueron honrados; el mundo no los vio; fueron dichosos. Con Dios vivir supieron, y en Dios al fin morir. ¡Cuán sabios fueron! Eran los campos su vivienda hermosa; los del hogar, sus pensamientos fijos; su eterno amor, la esposa; su eterno afán, los hijos; su instrumento, el arado; el bien querer, su natural deseo; y el bien obrar, su natural estado, y el Cristo de la ermita de Cabrera, su rey, su amor, su providencia era. La mano tosca y dura del anónimo artista que labrara la bárbara escultura supo infundir en ella, con sublime inconsciencia de vidente, las grandezas insólitas de aquella fe gigantesca de la vieja gente. Era el sagrado leño la visión infantil, místico sueño, mayestático símbolo imponente de la robusta concepción cristiana del alma ruda y sana que a Cristo-Dios en la conciencia siente. ¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron los rudos patriarcas que vivieron con Él y a Él consagraron las nativas y fértiles comarcas. ¡Nuestro Cristo es aquél! Éramos niños y los maternos labios rumorosos que cantando difunden los cariños y besando los sellan amorosos, nos cantaban con música de gloria y habla de oro que la suya era, la de prodigios peregrina historia del Cristo de la ermita de Cabrera. ¡Nuestro Cristo es aquel! ¿Qué hermano mío en mi Patria nació que no haya amado,

si Dios para el amor los ha criado y siempre al bien su voluntad dispuesta hace nacer a la mujer honesta en la tierra feliz del hombre honrado? ¿Y quién que tuvo amores en al tierra feliz de mis mayores del idilio amoroso no escribía la página primera en aquella famosa romería del Cristo de la ermita de Cabrera? ¡Nuestro Cristo es aquel! A correo vuelto (Al poeta José Rodao) ¿Sablazos entre poetas? ¡No llega la sangre al río! Allá va ese libro mío que no vale dos pesetas... ¡Y no es modestia de autor, no, señor! ¡Es que le faltan dos reales para tener de valor las dos pesetas cabales! ¡Pero aunque ciento valiera! ¡Bueno fuera! que siendo usted segoviano y siendo yo salmantino, no se hiciera honor entero a aquel dicho decidero, netamente castellano que dice «de herrero a herrero...»! (Si tiene algo suyo a mano... Y sabe usted, compañero.) Allá van mis Campesinas con fraternal abrazo. ¡Y gracias por el «sablazo»! ¡Y dígame «sin pamplinas y sin gastar etiqueta» si es verdad que, bien tasadas, no valen las dos pesetas mal contadas! ¡Es tan saludable oír, si se dice la verdad, un «Deje usted de escribir por toda una eternidad» o un sincero «Siga por ese camino porque ese es el verdadero»! ¡Es tan grato saber que a uno se le trata, no con perfidias de gato muy buenas... para la gata...,

ni con falsa cortesía, ni con saña venenosa que el recio juicio extravía, ni con cegador cariño que envanece al hombre-niño, sino con un buen amor que exprese el justo sentir con un prudente decir sedante y educador!... ¡Ganase tanto el que hablara!... ¡Y aprendiera tanto el que bien escuchara la sincera voz leal que le ilustrara! Pero bastan reflexiones; allá van mis Campesinas con esas dos condiciones: que me diga sin pamplinas y sin gastar «etiqueta» si es verdad que, bien tasadas, no valen las dos pesetas mal contadas, y que, como entre poetas «no llega la sangre al río», y es gran dicho decidero el de que de «herrero a herrero...» Ya sabe, tocayo mío, lo que espero. La «Galana» I ¡Pobrecita madre! ¡Se murió solita! Cuando vino el cabrero a la choza con la cabra «Galana» parida y el trémulo chivo sin lamer ni atetar todavía, vio a la madre muerta y a la niña viva. Sobre un borriquillo, sobre una angarilla de las del aprisco, se llevaron la muerta querida y él se quedó solo, solo con la niña... La envolvió torpemente en pañales de dura sedija, y amoroso la puso a la teta de la cabra «Galana» parida... —¡«Galana», «Galana»! ¡Tate bien quietita!... ¡Tate asín, que pueda mamar la mi niña!» Y la cabra balaba celosa,

por la fiebre materna encendida, y poquito a poquito, la teta fue chupando la débil niñita... ¡Pobre cabritillo! ¡Corta fue tu vida! II Solita en el chozo se queda la niña mientras lleva el pastor las ovejas a pacer por aquellas umbrías. Cerca del chocillo pace la cabrita, nerviosa, impaciente, con susto, con prisa, y si el viento le hiere el oído con rumores de llanto de niña, corre al chozo balando amorosa, se encarama en la pobre tarima, se espatarra temblando de amores, se derringa balando caricias y le mete a la niña en la boca la tetaza henchida que derrama en ella dulce leche tibia... ¡Qué lechera y qué amante la cabra! ¡Qué robusta y qué santa la niña! III ¿Serían los lobos? ¿Algún hombre perverso sería? Una tarde la cabra «Galana», la amante nodriza, se arrastraba a la puerta del chozo mortalmente herida. Allá adentro sonaron sollozos, sollozos de niña, y un horrible temblor convulsivo agitó a la expirante cabrita, que luchó por alzarse del suelo con esfuerzo de angustia infinita. Y en un último intento supremo de sublime materna energía, que arrancó dolorosos acentos de la cencerrilla, y en un largo balido amoroso... ¡se le fue la vida!... IV Ni leche de ovejas ni dulces papillas, ni mimos, ni besos... ¡Se murió la niña!

¡Esta vez quedó el crimen impune! ¡Esta vez no brilló la justicia! El amo En el nombre de Dios que las abriera, cierro las puertas del hogar paterno, que es cerrarle a mi vida un horizonte y a Dios cerrarle un templo. Es preciso tener alma de roca, sangre de hiena y corazón de acero, para dar este adiós que en la garganta se me detiene al bosquejarlo el pecho. Es preciso tener labios de mártir para acercarse a ellos la hiel del cáliz que en mi mano trémula con ojos turbios esperando veo. Ya está solo el hogar. Mis patriarcas uno en pos de otro del hogar salieron. Me los vino a buscar Cristo amoroso con los brazos abiertos... Canción No piense nunca el lloroso que este cantar dolorido es un capricho tejido por la musa de un dichoso. No piense que es armonioso juego de un estro liviano; piense que yo no profano, ni con mentiras sonoras, las penas desgarradoras del corazón de un hermano. Una canción de dolores me piden mis padeceres, tal como ayer mis quereres pidieron cantos de amores; que así como son mayores si se cantan los contentos, así los tristes acentos de las trovas doloridas, si no curan las heridas, amansan los sufrimientos. Mis penas son tan vulgares como esas espinas duras que erizan las espesuras de todos los espinares. Más hondas son que los mares

Más hondas y más sombrías que un horizonte sin días, pues no hay abismo tan hondo como el abismo sin fondo de unas entrañas vacías. Dios me las hizo de fuego... ¿Por qué no les dio dureza si quiso su fortaleza probar golpe a golpe luego? ¿Por qué enriqueció con riego de sementera de amores huerto que sabe dar flores, si luego le manda días de matadoras sequías y vientos asoladores? ¡Ay! Al llegar a las puertas de la tarde de mi vida, voz de los cielos venida me ha dicho: «¡Ya están abiertas! ¡Entra y sigue, y no conviertas la mente a tiempos mejores, que en vez de aquellos amores de santidades pristinas verás las desiertas ruinas del solar de tus mayores!» «¡Mejor es cegar, Dios mío! ¡Mejor es ir paso a paso cayendo hacia el propio ocaso solo, con pena y con frío! ¡Mejor es ir al vacío que a ruinas y sepulturas! ¡Mejores son las negruras de la noche más sombría, que las negruras del día, que son dos veces oscuras!» Así, loco de dolor, dije con vil vocecilla... ¡Esto que tengo de arcilla fue quien lo dijo, Señor! Pero esto que es resplandor de Ti, venido hasta mí, cuando tu rayo sentí bien sabes Tú que te dijo: «¡Señor! ¡La frente del hijo tienes rendida ante Ti!» Con solo llorar mi suerte, con solo dejar abierta de tal herida la puerta, muriera de triste muerte. Mas, hijo yo del Dios fuerte, me he resignado a vivir, y voy dejándome ir sobre el polvo de la senda caminando a media rienda

por el campo del sentir. Porque si rindo la frente sobre las manos crispadas, si hacia las ruinas sagradas dejo que vaya la mente, si de mi llanto el torrente dejo que anegue mi vida, si abriese más esta herida que en lumbre de fiebre arde, viviera como un cobarde, muriera como un suicida. ¡Quiero vivir! Las dulzuras de los gozados placeres, con hieles de padeceres se toman del todo puras. Visión de mis desventuras: ¡Yo no te cierro mis ojos! Camino de los abrojos: ¡yo no me cubro las plantas! Cruz que mis hombros quebrantas: ¡yo te acepto sin enojos! ¡Quiero vivir! Dios es vida. ¿No veis que en vida convierte la ancianidad que en la muerte cayó con dulce caída? ¿No soy yo vida nacida de vidas que a mí se dieran? Pues vidas que en mí se unieran, si vivo, no han de morir, ¡por eso quiero vivir, porque mis muertos no mueran! ¡Y no morirán conmigo, que el huerto de mis amores está rebosando flores que pinta Dios y yo abrigo! ¡Y atrás el cierzo enemigo de esas mis vivas canciones, pues son santos eslabones de una cadena florida para corona tejida del Dios de las creaciones. ¡Quiero vivir! A Dios voy y a Dios no se va muriendo, se va al Oriente subiendo por la breve noche de hoy. De luz y de sombras soy y quiero darme a las dos. ¡Quiero dejar de mí en pos robusta y santa semilla de esto que tengo de arcilla, de esto que tengo de Dios!

Dos nidos Enfrente de mi casa yace en ruinas un viejo torreón de cuatro esquinas, y en este viejo torreón derruido tiene asentado una cigüeña el nido. ¡Y parece mentira, pero enseña muchas cosas un nido de cigüeña! Por el borde del nido de mi cuento, donde reina una paz que es un portento, asoman el pescuezo noche y día los zancudos cigüeños de la cría. Cuando los deja la cigüeña madre, trae alimentos el cigüeño padre, y cuando con su presa ella regresa, vuela el padre a buscarles otra presa; y de este modo la zancuda cría en banquete perenne pasa el día. Estaba yo una tarde distraído desde mi casa contemplando el nido, cuando del campo regresó cargada la solícita madre apresurada. Presentó con orgullo ante su cría una culebra muerta que traía, y mientras sus hijuelos la «trinchaban» y, defendiendo la ración, luchaban, reventaba la madre de contenta mirándolos comer... ¡y estaba hambrienta! ¡Y cómo demostraba su alegría viendo el festín de su zancuda cría! ¡Qué graznidos, qué dulces aletazos y qué cariñositos picotazos les daba a aquellos hijos comilones que estaban devorando sus raciones! Al ver desde mi casa aquella escena, llena de amor y de ternura llena, bendije al nido aquel, y, ¡lo confieso!, estuve a punto de tirarle un beso. Ahogué mi beso, pero tristemente me dije por lo bajo de repente: «¡Quizás haya en el mundo quien querría convertirse en cigüeño de la cría!» Cerca del viejo torreón derruido en donde está de la cigüeña el nido, hay otro nido, pero nido «humano» que habita la familia de un cristiano. El mismo día y a la misma hora en que la escena aquella encantadora del nido de la torre yo admiraba y un beso con los ojos le enviaba, del otro nido humano un rapazuelo salía sollozando sin consuelo. Una mujer de innoble catadura

salió tras la harapienta criatura, cruzóle el rostro, la empujó hacia fuera, metióse en casa y la dejó en la acera. -¿Por qué te echan de casa, rapazuelo? -le dije al verlo, y contestó el chicuelo: -Porque a pedir limosna había salido y un poco pan «na» más hoy he traído, y dinero me dice que le traiga, y que vaya a buscarlo «ande» lo «haiga». Alcé los ojos sin querer al nido del solitario torreón derruido, y dije, contemplando aquella escena y aquella madre cuidadosa y buena: «Si este niño pensara, ¿no querría convertirse en cigüeño de la cría? La tregua Ya pasaron, ya pasaron las plúmbeas modorras esas del sol de julio, que inflama; del sol de agosto, que tuesta; de aquel, que la espiga dora, y de éste, que la platea. Y tú, labrador, ya tienes, ya tienes aquí la tregua. Siéntate un rato y descansa de tu casita a la puerta, y bebe allí con tu gente brisas de tarde serena, que el amor quita pesares y el aire sudor orea, y no es tu cuerpo de mármol, ni es la tuya alma de fiera, que treguas aquel demanda y ésta te pide querencia. Ya tienen nubes los cielos y ya las tardes son frescas, y está al rastrojo el ganado, y están barridas las eras, y están en casa los viejos, y están los mozos de fiesta, y Dios está en todas partes... y el trigo está en la panera. Mal te conocen los hombres que, porque tienes en ella puestos el alma y los ojos de avaro y ruin te motejan. Pensaran con más cordura si lo que guarda supieran

ese recinto modesto, donde el sentido ventea auras de pobreza y orden con efluvios de limpieza. Ignoran que ahí tienes armas para matar la miseria, tienes tu honor de hombre honrado fiel pagador de tus deudas, puntal de la pobre patria, sostén de holguras ajenas... Ignoran o no meditan que en ese rincón encierras todo el sudor de tu frente, todo el fruto de una brega que acaba con el estío y en el otoño comienza, que deja el alma aplastada y el cuerpo rendido deja. Ignoran que ahí tienes cosas que valen tu dicha entera: ¡el pan de los hijos débiles y el pan de la esposa buena! Que aunque de modo tan rudo decírtelo yo no deba, porque parece pecado, pecado de alma grosera, te lo diré rudamente, como la vida lo reza: ¡Si quieres tener amores, tienes que tener panera! No extraño que tengas puestos los ojos y el alma en ella, ni que la mires avaro, ni que su puerta defiendas, que en ello te va la dicha y en ello la vida juegas. ¡Arriba otra vez, arriba! Muy breve ha sido la tregua, pero es larga del trabajo la abrumadora cadena, y nadie romperla debe, que a Dios le toca romperla. ¡Arriba!, que ya te llaman las campesinas faenas, que ya la lluvia de otoño bañó la tierra sedienta, que hay brumas por las mañanas en los picos de las sierras, que ya los amaneceres lloran rociadas frescas; que ya se inicia en los campos el apuntar de la hierba, y el sonreír de las aguas

y el son de las alamedas. ¡Arriba!, que el sol es tibio; las nubes, blancas guedejas; intensas las humedades y sana la brisa cierza..., y a gloria sabe el ambiente, y a música el campo suena, y huelen las tierras húmedas a tierra de sementera. Mueve tu gente con prisa, vuelve otra vez a la brega, requiere aperos y yuntas, abre la limpia panera y suenen en los corrales, y suenen de nuevo en ella, ruidos de palas y harneros que las simientes asean, tonadillas entre dientes, pláticas sobre la siembra, silboteos sonorosos, golpes de mazos y azuelas, que aprietan, tajan y embuten cinchos, cuñas y orejeras... Y devorando el almuerzo, y unidas ya las parejas, el jarro de agua agotado, sobre un hombro la chaqueta, en la izquierda la aguijada y un mendrugo en la derecha, comiendo tras de la yunta que arado y simiente lleva, ¡vete a verterla en el seno de aquellas húmedas tierras que otoño bañó con lluvias y tú con sudores riegas! Muy larga la brega ha sido, muy corta ha sido la tregua, pero sujetos estamos del trabajo a la cadena, y nadie romperla debe, que a Dios le toca romperla.